

en los armamentos del Austria. Había que continuar los preparativos de defensa empezados, contestar á demostraciones hostiles, atender en breve plazo á la seguridad de las fronteras y al honor nacional. El ministro terminó con un caluroso llamamiento al patriotismo de la Cámara: «Ya sabéis, dijo, que en la vida de los pueblos hay momentos supremos en que el sacrificio es un deber sagrado, una inexorable necesidad.»

Aturdido por tantos acontecimientos, empujado hacia ignorados destinos sin tiempo para respirar, el público procuraba en vano descubrir el verdadero pensamiento del emperador. En 4 de febrero publicóse un folleto al cual se atribuyó en seguida un alto origen y que se titulaba *El emperador Napoleón III y la Italia*. El escrito fué leído, comentado é interpretado con ansioso interés. Anunciaba no la guerra, sino aspiraciones nuevas que, á través de vías confusas, conducirían fatalmente á ella. Los gobiernos italianos nunca habían sido juzgados con más rigor: el duque de Módena era «el teniente declarado de Austria;» la duquesa de Parma, á pesar de algunas veleidades de independencia, «estaba ligada al gabinete de Viena por medio de tratados anteriores.» «Entre el gran duque de Toscana y su pueblo se alzaban las bayonetas austriacas.» El rey de Nápoles, rebelde á todo consejo, «se había aislado no solamente de los demás Estados europeos, sino que también del resto de la península.» En cuanto al papa, se afectaba respetarlo mucho, pero se deseaba que se reformase, y no se dejaba de insinuar que la dificultad de las reformas no permitía esperarlas. Esas críticas generales no servían más que para poner mejor de manifiesto la sensatez del Piamonte, al cual había que sostener á toda costa, y los vicios del régimen austriaco, que no podía tolerarse. Lo más alarmante era la *teoría de las nacionalidades*, teoría altamente confesada y puesta bajo el patronato del jefe de la dinastía napoleónica. El autor del folleto recordaba estas palabras de Napoleón I á los delegados lombardos que le llevaban la corona de Italia: «He tenido siempre la intención de crear libre é independiente la nacionalidad italiana.» Luego reproducía con marcada intención el pasaje de las *Memorias de Santa Elena* en que el emperador hace votos por «la centralización de todos los pueblos geográficos que la revolución ó la política disolvieron ó dividieron.» «El emperador Napoleón I, añadía el publicista anónimo, creyó que había de conquistar á los pueblos para libertarlos: Napoleón III quiere libertarlos sin conquistarlos.» La conclusión era el deseo de una Italia, no una, sino confederada y, sobre todo, libre del extranjero.

Hoy se conoce la historia de aquel famoso folleto. En agosto de 1858, Napoleón III trazó el plan de la obra. El Sr. Rendú, católico muy sincero, pero amigo de varios liberales italianos, proporcionó los principales elementos de la misma. Su redacción fué confiada á Arturo de la Guéronnière, escritor elegante, muy apto para asimilarse prontamente las teorías ajenas y para esas generalizaciones brillantes y vagas que, sin precisar nada, parecen prometerlo todo y toman aires de profunidad y de predicción. El folleto permaneció largo tiempo en cartera, tanto que los mismos que habían contribuido á su elaboración lo creían olvidado. A últimos de enero, el emperador llamó al Sr. de la Guéronnière, volvió á leer el trabajo, acentuó ó suavizó ciertos ma-

tices y hasta revisó las pruebas. El 3 de febrero anunció á sus ministros, sorprendidos y desconcertados, la aparición de un escrito que reflejaría sus pensamientos sobre la cuestión italiana (1). Pocas horas después, el folleto se hallaba en los escaparates de todas las librerías. ¿Qué formulaba? Nada más que deseos, votos en que la verdad y el error se entrelazaban de tal modo que no era posible separar una de otro. Pero ¡cuál no era la espantosa gravedad de aquellos votos cuando el que los formulaba disponía de cuatrocientos mil hombres y de un poder absoluto para moverlos! Así pensaron en Francia los hombres más inteligentes, que no contuvieron ya sus inquietudes. Así pensaron igualmente los italianos más notables, que desde aquel momento tuvieron por segura una próxima asistencia y no cuidaron ya de ocultar su alegría. De Florencia, el ilustre Capponi escribió á sus amigos de París: «¡Cómo no ocuparse de la publicación que ha hecho tanto ruido y que habla de Italia como jamás se había hablado de ella en el extranjero (2)!» En Italia, desde el liberal marqués Capponi hasta los revolucionarios más osados tenían motivo para alegrarse. La política del emperador era funesta, pero únicamente lo era para Francia.

## II

En el extranjero se había seguido con una mezcla de estupor y de ansiedad las rápidas peripecias de la crisis. ¿Iba el mundo á ser precipitado en la guerra, sin violación de la fe jurada, sin ofensa nacional, sin lesión profunda de los intereses, en una palabra, sin ninguna de las causas ordinarias que provocan los conflictos? Si aún existía una Europa, una Europa que en algo tuviese á los tratados, guardiana de la tranquilidad pública, á ella le tocaba levantar la voz para imponer silencio á las ambiciones piamontesas, para iluminar á Francia sobre sus complacencias ciegas, para inspirar á Austria una prudencia mezclada de concesiones, que hubiera desarmado á los cargos legítimos y devuelto la paz á Italia misma.

En el estado de las relaciones internacionales, esa intervención colectiva no parecía fácil. Rusia, al parecer, se hallaba ligada con Francia y resuelta, no á mezclarse en la lucha, sino á dejar que se desarrollase. Prusia ocupaba una posición aislada, tenía menos autoridad que poder efectivo, y se mostraba más atenta á la busca de sus ventajas particulares que á la política general. Inglaterra era la única que estaba libre de todo compromiso, tenía bastante influencia para hacerse escuchar y había de recoger, por la fuerza misma de las cosas, la misión de apaciguar la querrela naciente.

Inglaterra se apresuró á aprovechar la ocasión de desempeñar ese mandato. Nada podía serle más importuno ni más perjudicial que un acuerdo íntimo entre Francia y Rusia. No se figuraba que el emperador de los franceses fuese desinteresado, sino que tenía la convicción de que éste sacaría gran provecho de una guerra

(1) Véase la carta de Eugenio Rendú á Luis Chiala, diputado en el Parlamento italiano, 25 de agosto de 1883 (*Lettere editte ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. 385, Apéndice).

(2) Carta del marqués Gino Capponi al Sr. Rendú, 1.º de marzo de 1859 (*Lettere di Gino Capponi e di altri a lui*, tomo III, página 243).

allende los Alpes. Hacía dos años que Inglaterra se había apartado mucho de Italia, y en 1858, el advenimiento de un ministerio Tory había marcado aún más aquel apartamiento. Su principal aliada era Austria y no quería dejarle perder su posición preponderante en el centro de Europa. Resultaba, pues, que al trabajar para el mantenimiento de la paz, el gabinete de Londres no sólo defendía el derecho de los tratados, sino que servía también sus propios intereses.

entrevistas de Compiègne entre Napoleón III y lord Clarendon, y á la solicitud del emperador por la suerte de Italia. En este orden de ideas, procuraba disipar ilusiones que juzgaba peligrosas. Modificar el estado territorial de la Península, sería destruir los tratados de 1815, fundamento de tan larga paz. De la guerra podía resultar un cambio de dominación, pero no la independencia ni la libertad. Que Francia reclamase reformas interiores en los gobiernos italianos, é Inglaterra se uniría



Lord Cowley

El 10 de enero, en un grave despacho, lord Malmesbury, jefe del *Foreign Office*, comunicó á París sus avisos llenos de tristeza. Recordaba las pacíficas seguridades dadas por Luis Napoleón en 1852. Esperaba que el enfriamiento de relaciones entre el gobierno de las Tullerías y el de Viena no obedecía más que á un mal humor pasajero, pues los dos países no se hallaban separados por ninguna reivindicación territorial, ni por ninguna divergencia comercial ó económica, ni por ninguna cuestión de honor. Si había causa de conflicto, residiría únicamente en las ambiciones de un Estado secundario, empeñado en empujar á dos grandes potencias una contra otra á fin de crecer en medio de los disturbios. Malmesbury añadía que se anduviese con cuidado, porque la guerra, en caso de estallar, no sería corta ni decisiva, que costaría á Francia muchos hombres y mucho dinero, que, por añadidura, degeneraría pronto en una guerra de partidos, y que devolvería fuerza y esperanza al partido revolucionario abatido. Lord Malmesbury hacía alusión á las últimas

á ella, y quizá también el Austria. Toda otra actitud estaría llena de peligros (1).

El 10 de enero, lord Cowley, embajador de Inglaterra, fué al ministerio de Negocios extranjeros para comunicar este despacho á Walewski. Este escuchó la lectura del documento, pesó sus términos, se hizo leer por segunda vez algunos de sus pasajes y le dió en general una calurosa aprobación. Protestó que Francia no tomaría las armas si no la provocaban á ello, y añadió que el principal peligro era una imprudencia posible de Austria. Si, contra todas las apariencias, Francia se decidiese á la guerra, sería no para quebrantar los tratados, sino para defenderlos. Tales son, concluyó diciendo Walewski, las intenciones del emperador (2).

Lord Cowley, que merced á una larga residencia en París se había familiarizado con los usos del poder per-

(1) Lord Malmesbury á lord Cowley, 10 de enero (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 4-6).

(2) Lord Cowley á lord Malmesbury, 14 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 12).



sonal, no ignoraba que las intenciones del emperador escapaban á veces á sus ministros, y que lo más seguro era llegar hasta el soberano. En la noche del 18 de enero tuvo una larga entrevista con Napoleón, cerca del cual había gozado de un largo prestigio que empezaba á declinar. A las respetuosas preguntas del embajador, el emperador contestó con palabras vagas. Confesó que circulaban públicos rumores alarmantes, pero que era imposible adivinar su origen ni su motivo. «La guerra, continuó, no es más probable hoy que hace tres meses. Yo no deseo ni intento provocar ninguna.» A estas palabras añadió algunas quejas contra el gabinete de Viena; hizo alusión á los reiterados llamamientos que le llegaban de Turín; no disimuló sus preferencias por Italia; sentía que Austria fuese dueña de Lombardía, pero convenía en que su dominación se fundaba en los tratados. ¿Hasta qué punto esos tratados serían irrevocables y sagrados á los ojos del emperador? Sobre este punto, Cowley no pudo obtener una contestación precisa. A no considerar más que el sentido literal de las palabras del soberano, éstas eran más pacíficas que alarmantes. Sin embargo, no reanimaron la confianza en el espíritu del embajador inglés. Napoleón III desmentía todo pensamiento belicoso, pero sin energía alguna, y á veces su mirada parecía atraída por perspectivas peligrosas. Era posible que el monarca quisiese la paz; pero si hubiese querido la guerra, ¿hubiera hablado de otro modo (1)?

Había algo de presunción en esperar que Cavour, abandonado á una pendiente irresistible, consentiría en detenerse por simple deferencia con la diplomacia. Queriendo, sin embargo, apelar á todos los medios posibles, el gobierno británico, al mismo tiempo que enviaba sus consejos á las Tullerías, multiplicaba sus gestiones en Turín. Tiempo atrás, Inglaterra había inducido al Piamonte á que siguiera la vía liberal, lo había sostenido contra las prevenciones malévolas de las potencias absolutistas y se figuraba que el recuerdo de sus antiguos servicios le daba una especie de derecho de reconvencción. «La Gran Bretaña, escribió en 14 de enero lord Malmesbury, ha visto siempre en Cerdeña el modelo de un Estado constitucional, que aumenta en prosperidad y goza de una libertad que honra igualmente al soberano que la ha concedido y al pueblo que sabe hacer prudente uso de ella (2).» El gabinete de Londres trataba de abrigar sus consejos bajo estos benévolo auspicios. La lucha sería para el Piamonte llena de peligros: encadenado á un aliado más poderoso que él, no se le consultaría ni para la dirección de la guerra ni para la conclusión de la paz. Las rivalidades locales, tan vivas en la península, no permitirían la creación de un reino homogéneo; hartó lo había demostrado la experiencia de 1848. Inglaterra no era enemiga de la independencia italiana, y toda su conducta con Roma y Nápoles atestiguaba sus preferencias. Si el Piamonte tiene quejas, que las enumere y precise, á fin de que Europa las examine, las juzgue y dé á cada cual su derecho. Tal era el lenguaje de lord Malmesbury.

(1) Véase despacho de lord Cowley á lord Malmesbury, 19 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, página 20).

(2) Lord Malmesbury á sir James Hudson, 13 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 10-11).

Lo que disminuía algo la autoridad de estos consejos era que, para llegar á Cavour, pasaban por los labios de sir James Hudson, uno de los más activos instigadores de la política sarda y uno de los más íntimos confidentes del primer ministro. Cavour sacaba partido de esta ventaja. Recordaba con cierto reproche las falaces promesas de Inglaterra. El camino que seguía era el que la misma Inglaterra le había señalado muchas veces. Si Italia se hallaba agitada, tenía la culpa Europa, que después de haber despertado gloriosas esperanzas en el congreso de París, olvidó sus compromisos ó los dejó protestar. Sobre las probabilidades de paz ó de guerra, Cavour nada decía. Pero Hudson era demasiado perspicaz para no interpretar su silencio. A medida que avanzaba el mes de enero, las notas que el ministro inglés enviaba á su gobierno eran cada vez más alarmantes. Ora anunciaba insólitos movimientos de tropas; ora señalaba una disminución de negocios tan considerable, que todas las transacciones se hallaban paralizadas, á excepción de las relacionadas con la guerra; ora notificaba que se habían enviado instrucciones á Génova para que se dejase el puerto libre, como si de un momento á otro se esperasen barcos extranjeros (3). Asustado del movimiento que él había favorecido tanto, sir James Hudson se avistaba una y otra vez con el primer ministro, le repetía sus consejos y procuraba arrancarle sus secretos. Pero aquel amigo tan afectuoso de antes se esquivaba ahora. El embajador inglés se asombraba de esta frialdad, y sin motivo. Cavour había llegado á un punto de su fortuna en que otros pensamientos le absorbían. El patronato de la Gran Bretaña, indispensable para la preparación de sus planes, venía á ser secundario para la hora de la acción. Si Francia lo sostenía, ¿qué le importaba Inglaterra? Y si, contra todo lo que era de esperar, Francia lo abandonaba, ni el apoyo de Inglaterra ni el de ninguna otra potencia podrían levantarlo de la caída en que su país y él mismo se abismarían para siempre.

En Viena la intimidad de las relaciones favorecía la obra conciliante de la Gran Bretaña. En sus despachos á su embajador lord Loftus, el jefe del *Foreign Office* recomendaba la prudencia: con afectuosa solicitud rogaba, suplicaba que se tuviese paciencia y hasta que se consintiese en hacer ligeros sacrificios, que no se resistiese á las provocaciones interesadas, que no se proporcionase á enemigos audaces y ambiciosos el pretexto que buscaban. Ya para mantener al Austria en las vías de la moderación, ya para realzar el valor de la amistad inglesa, lord Malmesbury insistía sobre los sentimientos de la prensa británica, favorable por tradición á la libertad italiana. «Nuestro apoyo no le ha de faltar al Austria, continuaba el ministro, pero con la condición de que con su sensatez y con sus prudentes concesiones aplaque los odios y satisfaga las aspiraciones más apremiantes de sus súbditos: si no, nuestra tarea sería demasiado difícil y sucumbiríamos bajo la impopularidad que nos acarrearía.» El gobierno austriaco no dejaba de contestar á esas exhortaciones: «Si queréis predicar la paz, replicaba Buol, no es aquí, sino á París y á Turín adonde habéis de enviar vuestros consejos. Nosotros no

(3) Sir James Hudson á lord Malmesbury, 23 de enero (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 30).

meditamos ninguna guerra, y no romperemos las hostilidades. Decid al emperador de los franceses que si inicia la lucha, suya será la responsabilidad.» El ministro austriaco suponía, quería suponer que Francia no meditaba ninguna de las empresas que le atribuían. Respecto al ejército piamontés, Austria estaba pronta á rechazarlo, si era bastante loco para intentar una agresión. El gabinete de Viena no podía comprometerse á que las tropas imperiales en ningún caso pasasen el Tesino. Lo que prometía era no tomar esa resolución suprema sino en caso de absoluta necesidad y después de una ostensible provocación. A esto añadía Buol algunas consideraciones sobre Italia. Consideraba inoportuna y hasta peligrosa toda modificación territorial. Negaba enérgicamente que los lombardo-vénetos viviesen esclavizados y deseasen cambiar de fortuna. No se negaba á ninguna reforma razonable: pero la más urgente de las reformas sería la que limpiase la península de los agentes de desorden que procuraban extraviar los espíritus y mantener la sedición (1). Así se expresaba Buol en un lenguaje correcto, sensato y con una incontestable buena fe. Pero ni aun ese lenguaje tranquilizaba á lord Malmesbury ni á lord Loftus. Se adivinaban cóleras sordas bajo aquella afectada moderación. Además, Buol empleaba en la defensa de su derecho una preunción vanidosa y una especie de fatuidad que cuadraba mal con la solemnidad de las circunstancias. Su aplomo parecía atestiguar menos la tranquilidad de la fuerza que la ignorancia ciega del peligro. Nadie podía negar que Buol fuese el defensor de los tratados y de la paz europea, pero los defendía á menudo con tales argucias y con una torpeza tan altiva que ofendía; en una palabra, era de temer que su desagradable manera de tener razón le enajenase las simpatías, haciendo que éstas acabasen por estar de parte de los que tenían culpa.

El lenguaje sibilino de Napoleón III, el silencio ó las mentiras de Cavour, la honrada, pero torpe rigidez del Austria, eran cosas que prometían pocos resultados á los esfuerzos de Inglaterra. La opinión más general entre los hombres de Estado británicos era que al emperador le perseguía el miedo á los asesinos extranjeros, que le impulsaba á la guerra la esperanza de desarmar á sus antiguos hermanos del *carbonarismo*, y que Cavour alimentaba hábilmente aquellos temores, ora por medio de informes de la policía, ora por medio del anuncio de nuevos descubrimientos (2). Sin embargo, quedaba la esperanza de que la magnitud del peligro triunfaría de los rencores de Rusia y del apático egoísmo de Prusia. Inglaterra puso, pues, su pensamiento en San Petersburgo y en Berlín, con la esperanza de despertar allí el sentimiento de la seguridad europea y de agrupar las tres grandes potencias neutrales en una verdadera coalición de la paz.

Respecto á Rusia, la ilusión duró poco. La conducta cautelosa de Austria durante la guerra de Crimea había irritado al zar tanto como una traición. A todas las ins-

tancias del ministro de Inglaterra, sir Crampton, el príncipe Gortchakof contestó con una mezcla extraordinaria de altivez y de amargura. Formuló, pero con tibieza, algunos votos por la paz, y añadió: «En cuanto á pesar la Francia y el Austria en la misma balanza, no lo haremos: con Francia nuestras relaciones son cordiales; con Austria no lo son, ni tienden en manera alguna á mejorar. Rusia acostumbraba antes ofrecer á los gabinetes de Europa sus consejos amistosos. En esta política ha sido víctima de su desinterés. Hoy ya no tenemos consejos que dar. Empleamos exclusivamente nuestra solicitud en realizar mejoras interiores, y este cuidado es bastante grande para absorbernos. Sin embargo, no nos absorbe al extremo de quererlos comprometer á la neutralidad. No afirmamos que permaneceremos ajenos á la lucha. Ahora y para lo porvenir nos reservamos nuestra libertad (3).» Ni con argumentos ni con stíplicas se logró modificar esa actitud. La consigna dada en todas partes á los agentes moscovitas consistió en callar, observar los acontecimientos y excusar su silencio invocando las grandes reformas emprendidas por su soberano. Esa reserva ocultaba (aunque á veces la ocultaba mal) la maliciosa alegría de asistir á la humillación de una antigua aliada, de una aliada acusada de defecación y que, como tal, era más odiosa que una enemiga.

Nada podía compensar aquel fracaso, y Napoleón III se valdría de la complacencia del zar para atreverse á todo. Rechazada en San Petersburgo, Inglaterra fué mejor acogida en Berlín. En la capital de Prusia reinaban grandes celos contra el Austria, pero era mayor todavía la desconfianza que reinaba contra Napoleón III. El barón de Schleinitz, jefe del gabinete prusiano, había sacado de sus entrevistas con el representante de Cerdeña la firme convicción de que Cavour no esperaba más que una señal de París para empeñar la lucha. Y aquella lucha empezada á orillas del Po, ¿no continuaría hacia el Rin? La experiencia de las guerras pasadas permitía temerlo. Bajo tal aprensión, la Prusia salió de su acostumbrada apatía, se acercó á la Gran Bretaña, protestó de su celo en evitar el conflicto y envió á Londres un mensajero, el conde Perponcher, encargado de preparar una inteligencia común. La influencia del príncipe Alberto sobre el príncipe regente estrechó y fortaleció el acuerdo (4). En las negociaciones que van á seguir, Prusia marchará siempre al lado ó al menos detrás de Inglaterra, guardándose de toda iniciativa, pero adhiriéndose á cada una de las proposiciones emanadas de Londres y hablando en voz bastante alta para impedir que la voz de la Gran Bretaña parezca aislada. Lo que acentuó aquella unión fué la emoción que á últimos de febrero cundió por Alemania. Los príncipes de los Estados secundarios, creyéndose amenazados, se enviaban unos á otros mensajes urgentes, se disponían á convocar su Parlamento, procuraban reconstituir sus fuerzas militares como se bruñe para alguna lucha inesperada un arma largo tiempo mohosa; en una palabra, se agitaban en esa actividad algo febril y desordenada de los débiles que, en parte por miedo y en parte por jactancia, ahuecan la voz y procuran unirse y ligarse.

(1) Lord Loftus á lord Malmesbury, 20 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 23-25).

(2) Véase *The Greville memoirs*, tomo VIII, págs. 227.—Carta del príncipe Alberto al rey de los belgas, 18 de enero.—Carta del príncipe reinante de Prusia al príncipe Alberto. (*The life of Prince Consort*, tomo IV, págs. 356 y 380).

(3) Sir Crampton á lord Malmesbury, 26 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 55-56).

(4) *Life of the Prince Consort*, por Teodoro Martin, tomo IV, página 382.



Desde Viena, Buol observaba gozoso aquellas demostraciones, las estimulaba y, sobre todo, las hacía valer á los ojos de Europa, jactándose de ellas como de un éxito personal. «Si el emperador Napoleón, decía á lord Loftus, quiso tomar el pulso á la nación germánica, ha recibido un saludable aviso (1).»

## III

En medio de aquella enmarañada situación, los ánimos, perdidos en conjeturas, se volvían hacia Napoleón III, verdadero autor de la crisis y único capaz de contenerla ó precipitarla. Cuando se supo que las Cámaras francesas iban á inaugurar sus trabajos y que el emperador, con tal motivo, pronunciaría un discurso, la curiosidad se excitó hasta la pasión.

La mayor parte de los miembros del Cuerpo legislativo habían llegado de sus provincias, tristemente impresionados. En medio del país tranquilo y entregado á las tareas de la paz, las palabras belicosas del 1.º de enero habían echado una nota tan discordante que sólo el espíritu de universal sumisión contenía los gritos de reprobación dispuestos á estallar. Esperando la apertura de la Cámara, los diputados se reunían en los pasillos del Palacio Borbón, cambiaban tristemente sus impresiones y, haciendo suposiciones sin fin, trataban de penetrar el inquietante misterio. Los apologistas eran pocos y se mostraban menos tranquilos que de costumbre. En todos los grupos hubieran podido oírse vivas, prudentes y previsoras críticas, pero formuladas en voz baja, muy baja, según la manera constante de los diputados del Imperio, á quienes el silencio pareció siempre la mejor forma de la abnegación y que dejaron que el monarca sucumbiese, á la larga, bajo la acumulación de sus propias faltas, cuando quizá lo hubieran salvado con su resistencia.

El 7 de febrero era el día señalado para la sesión imperial. Abrióse en el salón de los Estados con el ceremonial de costumbre. Pero se observó que los rostros reflejaban menos alegría, que las aclamaciones fueron más raras y que una especie de malestar ansioso reemplazó la feliz expansión de los años anteriores. El emperador se sentó entre el príncipe Napoleón y su joven esposa, recién llegados de Italia. El auditorio los acogió con frialdad y casi con descortesía. Respecto al príncipe, á quien consideraban como el autor más activo de la nueva evolución, la antipatía se disimuló apenas. Respecto á la princesa, ni su juventud, ni su justa reputación de mujer virtuosa, ni su elevada alcurnia, excitaban más sentimiento que el de la compasión, como si se hubiese adivinado que aquel matrimonio, fruto de la política, sería tan funesto para su dicha privada como fatal á la patria adoptiva cuyo suelo acababa de pisar.

El discurso imperial no hizo más que complicar con nuevas nebulosidades el terrible enigma. Desde las primeras palabras de su arenga, el emperador entró en lo vivo de las preocupaciones públicas con una franqueza que gustó; pero lo único claro fué la entrada en materia. El resto se pareció á los antiguos oráculos que, se-

(1) Lord Loftus á lord Malmesbury, 27 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 32).

gún la interpretación de una palabra, de una coma, hasta de un sonido, significaban, á voluntad del oyente, la seguridad ó el peligro, la victoria ó la derrota, la muerte ó la vida. El augusto orador aludió «á esas vagas inquietudes, á esas sordas agitaciones que, sin causa determinada, se apoderan á veces de ciertos espíritus y alteran la confianza pública.» Pareció inclinarse á la paz cuando recordó «la moderación de que tantas pruebas había dado,» y pareció inclinarse á la guerra cuando, inmediatamente después, invocó «el poderío de Francia.» Repitió la frase de su advenimiento al trono: *El Imperio es la paz*; y en seguida, como para borrar aquellos tranquilizadores recuerdos, extendióse con afectación «sobre los disentimientos con Austria en la cuestión de los Principados y sobre la intimidad de las relaciones con el Piamonte.» Para los belicosos, habló «de la situación anormal de Italia.» Para los pacíficos, añadió que «ello no era, sin embargo, un motivo suficiente para creer en la guerra.» «Mi política, continuó el emperador, no será nunca provocadora.» Esta era la nota pacífica. «Pero tampoco será nunca pusilánime,» añadió. Y esta era la nota bélica. «Espero que la paz no será alterada,» dijo Napoleón III con una mezcla de confianza y de incertidumbre, como si no hubiese sido dueño de la calma y de la tempestad, y único responsable de una y otra. Y como si hubiese inundado su auditorio de luz, terminó con un aplomo solemne y serio: «Os he explicado francamente el estado de nuestras relaciones exteriores.» El discurso concluía con una fanfarria casi triunfal: «Sigo contando confiadamente con vuestro concurso y con el apoyo de la nación que me confió sus destinos. Sabed que jamás ningún interés personal ni ambición alguna mezquinizarán mis actos. Cuando, sostenido por el voto y el sentimiento popular, sube uno las gradas de un trono, se eleva, merced á la más grave de las responsabilidades, por cima de la región ínfima en que se debaten intereses vulgares, y tiene por primeros móviles como por últimos jueces: Dios, su conciencia y la posteridad.»

El silencio, esa lección de los grandes, fué en aquel día la lección del emperador. Los oyentes acentuaron desde luego con su aprobación todo lo que en la arenga oficial parecía tranquilizador. Pero después, desconcertados, desalentados por tantas afirmaciones que se destruían, callaron hasta el fin y no se reanimaron un poco hasta que las últimas frases sonoras del discurso oficial les arrancaron algunos aplausos obligados. ¿Qué quería el emperador? ¿La paz ó la guerra? Si la paz, ¿por qué no lo proclamaba claramente? Si la guerra, ¿cuál sería su causa, su extensión y su fruto?

Una vez en el Palacio Borbón, los diputados se entregaron á ruidosos comentarios y, en su despecho, imaginaron una protesta, aunque benigna. Llamados á nombrar los presidentes y secretarios de las secciones, proscribieron de esos modestos cargos á sus colegas que se hallaban investidos de algún grado militar ó de algún empleo palaciego (2). A aquella anodina demostración de desagrado se añadió una manifestación más digna de la representación nacional. Morny, presidente del Cuerpo legislativo, osó formular en alta voz las quejas públicas. Cubrióse hábilmente con el velo

(2) Véase M. Darimon, *Les Cinq sous l'Empire*, pág. 225.

de una confianza ilimitada en el emperador, y, pagada así su deuda de lealtad, repitió la famosa máxima ya recordada en el discurso del trono: «El Imperio es la paz.» Pero, al apropiarse la arenga imperial, la desembarazó de todas las reticencias belicosas, y substituyó el comentario indeciso y contradictorio de Napoleón III con un verdadero programa claro, sensato y sobre todo oportuno. Los diputados, poco antes tan fríos en el salón de los Estados, prorrumpieron en aplausos cuando, con una solemnidad de lenguaje que no le era habitual, Morny formuló los votos de la Francia laboriosa, liberal y previsora. «La religión, la filosofía, la civilización, el crédito, el trabajo, han hecho de la paz el primer bien de las sociedades modernas, dijo el presidente de la Cámara. La sangre de los pueblos ya no se derrama á la ligera; la guerra es el último recurso del derecho desatendido ó del honor ultrajado. La mayor parte de las dificultades son allanadas por la diplomacia ó resueltas por arbitrajes pacíficos. Las comunicaciones internacionales, hoy tan rápidas, y la publicidad han creado una fuerza europea nueva con la cual todos los gobiernos se ven obligados á contar; ese poder es la opinión. La opinión puede mostrarse un momento indecisa ó extraviada, pero siempre acaba por ponerse del lado de la justicia, del derecho y de la humanidad. Esperemos que, en las actuales circunstancias, las ideas generosas, las intenciones leales y desinteresadas del emperador prosperarán en el mundo, y que, adoptadas por la simpatía de los pueblos y sostenidas por el prestigio de los soberanos, llegarán á resolver pacíficamente todas las cuestiones difíciles.»

La vía de la resistencia había sido abierta por el primer personaje del Estado y por ella se precipitaron todos. Los católicos temían que la revolución italiana disminuyese ó aboliese el poder temporal del Padre Santo. Los financieros calculaban con estupor los gastos de una guerra, por afortunada que fuese. Los industriales y comerciantes deploraban las transacciones ya raras y quizá pronto paralizadas del todo. Los bolsistas se acobardaban bajo la emoción de las bruscas noticias que, como huracanes sin causa, barrían todas sus combinaciones y destruían el edificio de su fortuna. Hasta los más indiferentes pensaban con angustia en la efusión de sangre, en el duelo de las madres, en la certeza del peligro y en la incertidumbre del provecho. Los prefectos enviaron de sus departamentos informes llenos de alarma. Varios obispos pidieron audiencia al emperador, le recordaron con energía su antigua alianza con la Iglesia y le suplicaron que no diese la mano á los enemigos de Pío IX (1). Nuestros agentes diplomáticos enviaron despachos llenos de previsores avisos y señalaron ya los primeros frutos de la política nueva, la revolución alentada, Alemania irritada ó recelosa, la vieja Europa desorientada. Así se formaba en torno del emperador una oposición, no osada, sino tímida, que envolvía sus respetuosos reproches en expresiones de abnegación, cuando no protestaban con un triste silencio. Era la oposición de los amigos de los primeros días, amigos aún no separados, pero que ya declinaban en el favor del monarca. Casi todos, en aquel momento

(1) Véase principalmente Mgr. Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo I, págs. 385 y siguientes.

supremo, se unían en un mismo voto y en un mismo ruego. Aquel voto era el de una política francesa, y no italiana; aquel ruego, ruego llevado hasta la súplica, se resumía en una sola palabra: LA PAZ.

## IV

Por discreta que fuese aquella oposición, sus síntomas eran visibles hasta más allá de las fronteras. El gabinete británico se apoyó en ella para continuar su misión de apaciguamiento.

El 13 de febrero, lord Malmesbury, en un despacho á lord Cowley, le expuso el plan de una acción simultánea de Inglaterra cerca de los gobiernos de Viena y de París. Tratábase no de una mediación, ni menos de un arbitraje, sino de una simple intervención amistosa, cordial é íntima entre dos potencias separadas por manejos interesados ó sensibles faltas de inteligencia. El jefe del *Foreign Office* reducía á cuatro los puntos principales de la cuestión italiana: cesación de la ocupación extranjera en los Estados pontificios; reformas administrativas en el reino lombardo-véneto y en los Estados secundarios de la Península; mejora de relaciones entre el Piamonte y el Austria; revisión de los tratados particulares entre el gobierno de Viena y las cortes de Parma y Módena. Lord Malmesbury encargaba á lord Cowley que sondease las miras del gobierno francés y obtuviese de él que precisase sus quejas.

El tiempo era precioso. Inmediatamente después de haber recibido aquel importante despacho, lord Cowley se apresuró á comunicarlo á Walewski. Este tomó las órdenes del emperador y fué á anunciar cortésmente al embajador británico que su soberano aceptaba con la más sincera gratitud los buenos oficios de Inglaterra. Esto era de buen augurio. Pero lord Cowley se sintió algo desconcertado, cuando, después de interrogar al ministro sobre la cuestión italiana, éste le expuso todo un programa, programa tan vasto que la revolución misma podía entrar en él sin quebrantarlo. Francia deseaba la abrogación de todos los tratados particulares entre Austria y los Estados secundarios de la Península. Perseguiría el establecimiento de una confederación italiana. Respecto á los Estados de la Iglesia, juzgaba necesario que las Legaciones tuviesen una administración separada. «Sin embargo, no forzaremos la mano al Padre Santo,» añadió Walewski, intérprete de los pensamientos del emperador, que quería despojar al papa, pero despojarlo por la persuasión. Según el proyecto del gobierno imperial, un subsidio de las potencias católicas indemnizaría á Pío IX de sus sacrificios. Lord Cowley escuchó con silencioso asombro aquella larga enumeración. Cuando Walewski hubo concluído, el ministro inglés replicó: «Ninguna de esas proposiciones es incompatible con las miras de la Gran Bretaña; pero dudo que sea posible hacerlas adoptar en Viena. — ¡Oh!, repuso el ministro en el tono más conciliante, no presentamos ningún *ultimatum*, sino que formulamos simples votos.» Y, atenuando en seguida su lenguaje, aludió á ciertas reformas en Lombardía, á ciertas conexiones que calmarían la efervescencia en Italia y harían más fácil la solución del conflicto. Reiteró al embajador la seguridad de que no le faltarían las simpatías de su gobierno y lo hizo con una cordialidad que no sólo de-